

## Editorial

Este número de la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* tiene un significado especial para nosotros, pues inaugura nuestra entrada en el mundo digital. Un mundo al que nos debíamos entrar, ya que las nuevas tecnologías que nos atraviesan nos dejaban en un aislamiento en cuanto a la visibilidad de nuestra producción escrita, que ya lleva cerca de setenta años de existencia ininterrumpida.

Visibilidad muy necesaria en estos tiempos en los cuales el psicoanálisis no tiene la valoración social de hace décadas, y no alcanza con que los psicoanalistas sintamos que aún sigue «vivo y lucha», se hace necesario transmitirlo por fuera de nuestro castillo amurallado.

Es así que, dentro de poco, tendremos la versión digital de la *RUP*, desde el N° 1 hasta la actual, con lo cual estará disponible nuestra historia del pensamiento psicoanalítico, su evolución, sus transformaciones y su crecimiento a través de nuestras publicaciones.

El que esté interesado en lo que significa la digitalización de la *RUP*, puede leer una reseña que publicamos en este número para tener un acercamiento a este logro de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

No queremos dejar de mencionar nuestro agradecimiento a la Comisión Directiva por apoyar nuestro propósito y a la generosa contribución de Marina Altmann para hacer realidad nuestro proyecto.

Queremos compartir con ustedes la preocupación que nos ha hecho reflexionar a los miembros de la comisión sobre por qué nos ha costado tanto recibir trabajos sobre el tema *Odio*. ¿Es que el concepto no tiene fuerza en la teoría psicoanalítica, y es más un concepto sociológico? ¿Es que lo consideramos un efecto solo de lo sociocultural, donde el sujeto solo actúa

los efectos de este? ¿Es que se desdibuja bajo el concepto de pulsión de muerte y la destructividad, y pierde el peso que le dio Freud en la primera parte de su obra, ligándolo al narcisismo? ¿Es que rechazamos hablar de él? ¿Odio al odio, como nos propone J. Assandri en su trabajo? ¿Es que no lo consideramos presente en nuestra clínica? ¿Qué pasa cuando sentimos odio contratransferencialmente? ¿O es que nunca lo experimentamos? ¿Y los pacientes nunca odian? ¿O es que si encontramos una explicación para este, se mitiga su importancia? ¿El odio es algo que se origina en lo cultural, o hay «algo» en el sujeto que lo mueve a ello? ¿Ese «algo» tiene que ver con la relación primordial con el otro? ¿Cómo pensamos la compleja relación entre sujeto y cultura?

Estas y muchas más han sido nuestras interrogantes, que quedan abiertas para compartir con ustedes.

Es por esto que conversamos con Silvia Braun, quien, con su larga experiencia como analista, nos da su opinión sobre el odio en la clínica psicoanalítica.

Decidimos republicar un trabajo de L. C. Menezes, quien nos trae un minucioso recorrido del tema en la obra de Sigmund Freud, en el que señala que el concepto de *odio* está más delineado en la primera parte de su obra, cuando se lo liga al narcisismo, y pierde luego su fuerza conceptual cuando se introduce la pulsión de muerte.

El trabajo de J. Assandri describe cierto ocultamiento del odio en la cultura. El autor toma la venganza, figura del odio, como una forma de problematizar el tema. La trilogía de la venganza del cineasta coreano Park Chan-Wook es una vía para tratar de analizar la venganza y plantear algunas preguntas respecto del odio en el psicoanálisis, en particular en Freud y Winnicott.

Luego tenemos los aportes del psicoanálisis para tratar de entender el odio desde su manifestación sociológica. ¿Qué pasa desde la cultura, encargada de sofrenar las pulsiones del sujeto, generando un «malestar» inevitable, que se ve incrementado por la acción antagonica de la misma al promover la incitación desatada de dichas pulsiones?

L. Peskin aborda el femicidio dentro de la serie de los crímenes violentos. El autor describe y trata de comprender el protagonismo de la víctima y el victimario en estos casos. Caracteriza la psicosis del asesino y

el masoquismo de algunas víctimas. Extiende estos temas al debate diferencial con la perversión y a modalidades sociales que mostrarían resortes comparables a estos hechos individuales. Destaca la posible prevención de estos crímenes por cambios culturales y cierta mayor accesibilidad en la prevención por el lado de las víctimas.

G. Bodner analiza en su artículo el panorama histórico y social que caracteriza el mundo actual. El autor recoge ideas de Bion sobre el análisis de grupos y de la parte psicótica de la personalidad, su «uso perverso» por parte de la política para infundir odio, violencia y destructividad. Intenta tender puentes que orienten hacia una comprensión psicoanalítica de estos procesos.

J. García establece una analogía entre la pandemia de Covid-19 y lo que describe como una pandemia actual de odio, señalando que las dos comparten tener causas internas; en un caso, biológicas, y en el otro, psíquicas y sociopolíticas, pero que el estallido de ambas tiene estrecha relación con el modo de vida que la humanidad se ha construido. Uno de los desafíos parece estar en captar las líneas del dolor humano y, desde ese reconocimiento y asunción, investigar y hacer relatos a contrapelo de lo que la sociedad y la cultura esperan, surcando los bordes de las grietas donde se abren la destrucción y el odio.

E. Ipar interroga el lugar de la palabra y la insistencia del odio en el interior de las redes infinitas y las estructuras de las plataformas digitales. Nos dice que la búsqueda del anonimato no alcanza para comprender al incitador del odio en dichas plataformas. Lo que se buscaría en muchos casos como la principal ambición del discurso es la aprobación y la participación de otros en esa agresión y ese desmembramiento simbólico del objeto odiado. En el texto de Freud *Tótem y tabú*, la meta de la asociación ritual consistía en recrear los motivos profundos del odio y el resentimiento para aplacarlos y transformarlos. Sin embargo, en los discursos del odio no existe transformación, se trata de un odio que permanece idéntico a sí mismo a través de incontables permutaciones (se hace viral). Los rituales y las prohibiciones de las comunidades primitivas, como señala Freud, protegían a los enemigos, los gobernantes y los muertos (con los que se habían cosechado intensas relaciones de rivalidad y resentimiento), buscaban contener lo que la fuerza propia podía hacer sobre ellos en su estado de

vulnerabilidad. La culpa que despertaba la memoria del crimen parricida sostenía las reglas que imponían distancias. Nada de esto sucede en las redes sociales, que promueven una forma de *desinhibición autodestructiva* que funciona arrasando las tramas pulsionales que querría dominar.

En Polemos tenemos la conferencia «Freud en Kabul», de Mariano Horenstein, en la actividad de APA «Conversación sobre la destructividad, el odio y la crueldad» (agosto de 2021). En su ponencia jerarquiza el lugar de extranjería en el que intenta ubicarse como analista. Propone identificarnos con esos objetos maltrechos, con ese lugar que el otro, en tanto extraño, tiende a ocupar. Plantea su relación con las teorías heredadas de los referentes históricos del psicoanálisis, en un borde difícil de lograr, sin repetirlos, pero adueñándonos de ellos. Nos evoca la máxima que Freud toma, en *Tótem y tabú*, de Goethe: «Lo que has heredado de tus padres, adquiérela para poseerlo».

Asimismo, tenemos las jugosas reflexiones de Alberto Cabral y Jorge Bruce sobre la conferencia.

En las Reseñas traemos el odio desde la literatura, con la mirada de una lectora con escucha psicoanalítica, como es Susana García, del crudo cuento «El cobrador», del escritor brasileño Rubem Fonseca.

Marina Altmann nos trae una reseña de su participación en el último Congreso de IPA, Vancouver 2021.

Esperamos que la lectura les resulte enriquecedora. ♦

VIVIÁN RIMANO

*Directora de la Comisión de Publicaciones*